

Comentarios Generales

Sobre la Primera Lectura (Isaías 55, 10-11)

El Profeta levanta el ánimo de los israelitas que se sienten perturbados al experimentar nuevos peligros y dificultades, tras la repatriación del destierro de Babilonia:

El Profeta proclama la soberana e inefable seguridad de la Palabra de Dios. Y pone el símil o comparación de la lluvia que desciende del cielo, empapa la tierra, fecunda la semilla y proporciona cosecha ubérrima. Así mi Palabra. El plan de Dios, anunciado por los Profetas, no puede quedar fallido. Con todo, la manera misteriosa, lenta y callada como actúa la lluvia, nos invita a no ver en el desarrollo del plan divino exhibiciones y fenómenos sensacionales.

Los Profetas personifican la Palabra de Dios, el Decreto o Plan de Dios, para con esto dar realce a su energía omnipotente. El Libro de la Sabiduría nos lo dice con expresiones muy gráficas: 'Tu Palabra omnipotente, cual implacable guerrero, saltó del cielo, desde el trono real, empuñando como cortante espada tu decreto irrevocable' (Sab 18, 14). Es otro símbolo en el que muy al vivo se nos expresa la infalible seguridad de la Palabra de Dios: su vigor omnipotente, su eficacia.

San Juan, en el N.T., da plenitud a estas intuiciones de los Profetas del A.T. En efecto, así ha acontecido: La Palabra de Dios no como personificación poética de la acción o atributos divinos, sino la Palabra-Persona divina que subsiste eternamente con Dios, baja a la tierra a realizar el plan salvífico de Dios: 'En el principio existía la Palabra (= Verbo). Y la Palabra existía con Dios. Y la Palabra era Dios. Y la Palabra se hizo carne. Y fijó entre nosotros su tabernáculo' (Jn 1, 1. 14). Realiza la previsión de Isaías 55, 10-11: Desciende del cielo humilde y silenciosa como la lluvia, el rocío, la nieve. En el seno de la Virgen la Palabra de Dios toma naturaleza humana. Pero por ser Palabra de Dios tiene energía infinita. Y cumple lo que nos dice Sabiduría 18, 15: 'Su nombre es: Palabra de Dios. De su boca sale la espada afilada' (Ap 19, 15).

Sobre la Segunda Lectura (Romanos 8, 18-23)

San Pablo nos habla de la certeza y de la riqueza de nuestra Salvación:

De esta perfecta Salvación tenemos ahora como prenda y garantía. El cristiano es un peregrino que camina hacia la Gloria del Padre. Los sufrimientos y pruebas del camino no guardan proporción con la gloria que se le prepara y que un día se manifestará.

Esta Salvación nuestra tiene ecos grandiosos. Toda la creación, que ahora toma parte en la maldición del pecado, participará también de la glorificación

de los hijos de Dios. Pablo, en una audaz prosopopeya, nos presenta la creación entera, ahora encadenada por el dolor por culpa del hombre, oteando el horizonte ansiosa e impacientemente, pero con segura esperanza de su liberación que va ligada a la glorificación de los hijos de Dios. Esto tendrá lugar a la hora de la 'Redención de nuestro cuerpo', cuando la Redención nos dará un cuerpo glorioso. Entonces la Redención será lograda y perfecta, universal y ecuménica. Será la hora que el Apocalipsis anuncia así: 'Tuve también la visión del cielo nuevo y de la tierra nueva. Porque el primer cielo y la primera tierra y mar ya pasaron' (Ap 21, 1). La tierra que hoy es lugar de expiación y purificación, entrará 'en la libertad gloriosa de los hijos de Dios'.

Pero en la etapa presente 'gemimos y esperamos'. Con esto queda definida y calificada la situación presente del cristiano. Es etapa de expiación. La Redención de su pecado le arranca gemidos. Pero nuestro dolor y nuestros gemidos son 'en esperanza'. Las primicias del Espíritu que ya gozamos son prenda de la plena y perenne efusión que se nos dará en el cielo. La economía de la Salvación se desarrolla gradualmente. Las primicias se trocarán en plenitud. La fe, en visión; la esperanza, en posesión; el amor, superada la prueba, en goce y fruición personal del Amado. Por eso el Sacramento de la fe nos sustenta como viático de peregrinos, pero no sacia nuestra hambre; más bien la aviva y acucia.

Sobre el Evangelio (Mateo 13, 1-23)

Todo el capítulo 13 es un florilegio de parábolas. Jesús usa este método pedagógico que resulta sumamente a propósito para explicar la naturaleza del Reino Mesianico:

En la parábola del sembrador y la semilla se nos hace una llamada a examinar nuestra disposición interior. Es muy varia la respuesta que los hombres dan a la luz y a la gracia de Dios. Dado que aquí es el mismo Jesús quien hace la explicación y aplicación de la parábola, es deber nuestro examinarnos a cuál de los cuatro grupos de oyentes pertenecemos. Nos va en ello mucho. Un corazón indispuerto llega a rechazar la gracia. Un corazón bien dispuesto la hace fructificar a proporción de sus disposiciones. Un corazón duro la ahoga, la deja estéril.

Jesús habla en parábolas como recurso pedagógico. Así los misterios del Reino se hacen asequibles en la medida que hallan docilidad y disponibilidad en los oyentes. El castigo de los incrédulos será quedarse sin la luz que ellos rechazan y sin la luz de la vieja Ley que va a caducar. Quedarán, pues, irremisiblemente en sus tinieblas.

Los Apóstoles y todos los que creen son dichosos porque son testigos del Reino. Ellos gozan de lo que los Profetas esperaron y prometieron. Sobre todo son dichosos porque prestan oído y corazón atentos y dóciles a la gracia. Entran de lleno en el Reino en calidad de hijos de Dios y hermanos de

Jesús.

*Aviso: El material que presentamos está tomado de José Ma. Solé Roma (O.M.F.), 'Ministros de la Palabra', ciclo 'A', Herder, Barcelona 1979.